



FERNANDO SÁENZ RIDRUEJO

Doctor INGENIERO DE CAMINOS. Historiador.

De niño querías "ser explorador para ir a las Montañas Rocosas a enfrentarme con los osos", pero "mi padre, astutamente, me llevaba a una obras donde se experimentaban más emociones y peligros que en el Lejano Oeste". Va de suyo que por 'cosas de familia' no te quedaba otra que estudiar Caminos: tu padre, catedrático de geología de la Escuela; tu hermano Clemente, ídem; un hijo de Clemente, también ingeniero de caminos, acaba de presentar una tesis doctoral en la Escuela: "La habitación subterránea en la Península Ibérica : investigación geológica", etc.

Habría que añadir la familia 'pólfica': una de mis hermanas está casada con Avelino Samartín, que como sabéis ha sido catedrático de Resistencia de Materiales; su yerno, Jaime García Palacios, es profesor en el departamento de Hidráulica, Energía y Medioambiente...

Además de estar 'condenados' a la ingeniería de caminos, tu padre llevaba muy a gala lo de "nacido en Soria", hasta el punto de que vuestra madre tenía que dar a luz en esta ciudad, ya estuvieran en una obra en mitad de la montaña cántabra, ya en la Villa y Corte...

Sí, mi padre insistió mucho en lo del natalicio, cosa que luego le hemos agradecido. La familia de mi abuelo paterno provenía de la tierra de Cameros, en la antigua provincia de Soria, y él abrió una tienda de ultramarinos en Soria capital. Mi abuelo materno también procedía de un pueblo de Soria, San Andrés de San Pedro, y tras marchar de pastor trashumante a Andalucía vino a establecerse en la ciudad.

"Mi padre siempre se preocupó de que la ingeniería no se entendiera por los alumnos como mera técnica; de hecho yo me aficioné a la historia de las obras públicas el día que recorrí con él un túnel de 200 m por donde discurría la conducción romana de Uxama".





¿Por qué estudió Caminos tu padre?

Porque las matemáticas se le daban muy bien, realmente bien, y porque un tío suyo se empeñó en que estudiara en Madrid. También era ya muy aficionado a la geología, por no decir que era un conocedor, como pocos, de las formaciones geológicas de Soria. Hasta tal punto llegó esta afición que don Narciso Puig de la Bellacasa, catedrático de geología por aquellos años, propuso al jubilarse como sucesor a mi padre.

Tu padre, Clemente Sáenz García, fue un catedrático de Geología innovador por cuanto entendió que esta materia había de enseñarse como ciencia aplicada, lo que antes de él no había sido.

Sí, mi padre fue desde el principio un catedrático 'rompedor': mientras los demás iban en coche y con chófer a la Escuela, él compartía los viajes en metro con obreros con tartera y mono de trabajo [risas]. Quizá dedicó demasiadas clases a la paleontología, pero cuando mejor contactó con los alumnos fue en los viajes de prácticas para estudiar la estratigrafía, visitar obras o buscar fósiles —bueno, según Lorenzo Pardo, más que buscarlos los 'convocaba'...—.

Según parece, tu padre dejó unas memorias tuyas sin publicar, además de una colección de casi 10.000 fotografías de temas geológicos, una colección de poliedros extraordinaria, de los que 200 son de su propia mano...

Sí, dejó unos diarios para sus tres hijos 'varones' que ocupan 18 o 20 tomos y que constituyen una *summa* de la profesión de su tiempo, pues viajó a muchas obras y conoció a casi todos los ingenieros. De los poliedros, algunos muy raros, acaso la afición le venía o estaba relacionada con la geología, más concretamente con la cristalografía. Es curioso que habiéndose 'labrado' unas manos toscas de tanto coger piedras y fósiles luego fuera un 'manitas' para estas cosas... De la colección fotográfica se puede decir que única: los álbumes están numerados, clasificados por temáticas: geología, obras, ingenieros —“Véase espesor del estrato en comparación con la figura”—, etc.

Fue encargado de la parte geológica, en relación con el aprovechamiento de los ríos, del mítico Plan Nacional de Obras Hidráulicas de 1933.

Sí, él era un admirador de Lorenzo Pardo y éste a su vez confiaba en el *savoir-faire* de mi padre, que no en vano unos años antes había ya trabajado en el embalse del Ebro, en Reinosa; como vosotros venís de Castilla y León, os diré que conocía las cabeceras del río Carrión y del río Pisuegra mejor incluso que los ingenieros de la recién creada Confederación en Valladolid. También fue el primer impulsor o ideador del embalse de Barrios de Luna, por ejemplo. En cuanto a la Confederación del Ebro, mi padre estaba en la Diputación de Soria cuando le llamó el ingeniero Pardo, que lo había conocido antes trabajando en la contrata, en la construcción del salto de Villalba en Cuenca. A partir de 1926, cuando se crea la Comisión Geológica de Obras Hidráulicas, se redactan 110 informes sobre cerradas, de ahí que el Plan no naciera *ex nihilo*, sino que detrás de él había un trabajo tenaz y de largas miras; tan largas fueron que la planificación hidráulica en este país debe mucho a Lorenzo Pardo y a quienes colaboraron con él.

Luego llega 1936. ¿Cómo vivió él aquellos años?

A mi padre le pilló la guerra en una expedición a las islas Spitzberg, junto al océano Ártico. Mi familia estaba en Cuatro Caminos, un barrio poco 'nacional'. Enseguida mi madre se marchó a Soria con la prole 'realmente existente' —yo nací un poco después, en febrero de 1939—. Por cierto que al marcharse, la UGT incautó todo lo que había en la casa, incluidos los libros de cristalografía, que acabaron en el sindicato de vidrieros [risas]. Mi padre, que era carlista, se presentó voluntario en Soria y estuvo al cargo de las carreteras y de la reconstrucción de algunos puentes, etc. en la provincia de Guadalajara. Llegado un momento, pidió que lo militarizaran, para que no le pidieran continuamente papeles al viajar de una zona a otra ; por cierto que esa libertad de movimientos provocó que alguna vez traspasara la línea divisoria.



Los miembros del Cuerpo de Ingenieros de Caminos, en su gran mayoría, nutrieron las filas franquistas: sólo el 5% fueron depurados tras de la Guerra Civil, entre los que se encontraba Carlos Fernández Casado, por ejemplo.

Habría que detallar qué significa 'depurar', pero bueno, esto nos llevaría mucho tiempo. La realidad es que unos 70 ingenieros fueron expulsados del Cuerpo e incluso algunos fueron encarcelados, como Julio Diamante, abuelo del cineasta, y su padre Julián. Pero de igual manera hay que decir que los nacionales 'sólo' fusilaron a cinco ingenieros, mientras que en el bando republicano estos fusilamientos sumaron unos cincuenta. En fin, una guerra fratricida. A Juan José Santa Cruz lo mataron los de un bando y a su hermano Antonio los del otro.

¿Llegaste a trabajar con tu padre?

En algún informe esporádico. Por ejemplo, mientras estaba haciendo las milicias hubo problemas con unas arcillas expansivas en una fábrica de armas de Granada. Como llegamos allí en el coche de un teniente general, los ingenieros de armamento y construcción se cuadraban ante mí [risas].

Para terminar con tu padre, en un sentido figurado, fue académico de Ciencias, presidente de la Real Sociedad Española de Historia Natural, presidente del Centro de Estudios Sorianos, Gran Cruz al Mérito Civil, Gran Cruz de Alfonso X El Sabio... ¿de cuáles de estos reconocimientos estaba más orgulloso?

Desde luego lo que más satisfacción le produjo fue la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, a cuya biblioteca dedicó mucho tiempo. Él entró en la Real Academia por la rama de ciencias naturales, que estaba copada por ingenieros de minas, por lo que, además del apoyo de Eduardo y Francisco Hernández Pacheco, necesitó los votos de la sección de ciencias exactas, con el apoyo explícito de Julio Rey Pastor desde Buenos Aires. Don Francisco, que era ayudante de mi padre en la cátedra, había entrado en la academia antes que él.

Hablemos ya de ti. Acabas los estudios con 24 años, que en aquel tiempo no era grano de anís. Cuéntanos con absoluta libertad y sin ningún orden lo que te apetezca de tu paso por la Escuela: curso selectivo, profesores, métodos de enseñanza, academias, etc.

Yo no hice el curso selectivo, sino un examen de ingreso que preparé en la academia Díaz-Balaguer. Para empezar diré que yo era bastante vago y anárquico, y que no sabía coger apuntes. En la Escuela te pasaban lista, te sacaban en la pizarra, uno vivía atemorizado... En la academia Díaz Balaguer la distensión era mucho mayor y allí aprendí mucho. Lo mejor de la Escuela, sin duda, fue conocer a compañeros extraordinarios, mucho más listos que yo — como en el colegio yo era el más listo, hice pocos amigos [risas]—. Me acuerdo, por ejemplo, de Cristóbal Mateos, luego catedrático de Álgebra, que era capaz de leer en una sola noche toda la obra dramática de Eugene O'Neill, o de Fernando Gutiérrez de Vera, nº 1 de la promoción...





A la par que estudias, en verano haces algún viaje de prácticas al extranjero, algo que entonces no debía de ser muy habitual. Estás en Austria y en Israel.

En Austria trabajé en la oficina de un Herr Doktor y me di cuenta de que por aquellas tierras, en efecto, son muy precisos: los planos que salían para obra, para que el encargado los manchara de barro, habían de ir perfectos (yo me encargaba de las aguadas). Pero no eran demasiado trabajadores, pasaban la mitad del tiempo tomando café. Sí que me gustó otra manera que tienen de ser precisos: a las cinco en punto, así estuviera el presidente de la compañía revisando los planos, el delineante dejaba el lápiz y se marchaba para casa. En Israel trabajé en varios kibutz en medio del desierto. Por aquel entonces, y en buena medida también ahora, Israel era un estado ficticio: los dineros venían de los judíos de Nueva York y de California y había que buscar un enemigo, que era Egipto; todo era un poco extraño, la verdad. Eso sí, entre los judíos había clases: los askenazíes mandaban e incluso despreciaban a los sefarditas y a los judíos procedentes de los países árabes del norte de África. Yo trabajaba en una agencia que se encargaba de construir regadíos con aguas de un trasvase desde el río Jordán que casi casi dejó muerto al mar Muerto [risas], si bien he de decir que la eficiencia de los sistemas de riego por aspersión era impresionante. El ritmo de los trabajos, si cabe, era más asombroso: el jueves se presentaba el proyecto en Tel Aviv con una estimación de costes, el viernes se volvía con el dinero y el domingo ya había una retroexcavadora ejecutando el correspondiente tajo (el sábado, el Sabbath, los judíos no trabajan pues es día sagrado).

Acabas en 1963 y obtienes plaza en el Cuerpo dos años después, siendo doctor.

El ingreso en el Estado, para quienes estudiamos con el plan 1947, que requería un ingreso previo, era automático, a medida que se producían vacantes. El doctorado era cosa sencilla, bastaba con presentar un proyecto —el mío fue de maquinaria, de un blondín, que luego sustituí por el recrecimiento de una presa con cables pretensados—.

Inmediatamente solicitas excedencia y empiezas a trabajar en Consulpresa, una oficina hispano-portuguesa especializada en presas bóveda, sobre todo. ¿Por qué eliges consultora y no constructora? Por cierto, en aquellos años apenas se había implantado el sistema de empresas consultoras, que surge principalmente cuando se construyen las bases americanas de Rota y Morón, José Torán mediante.

Sí, en efecto nosotros fuimos una de las empresas que constituimos Tecniberia en 1964 junto con Eptisa, Sener, Torán y Compañía, EDES (Empresa de Estudios y Proyectos Técnicos, S.A.) y el Centro de Estudios Hidrográficos. Los diplomáticos españoles nos informaban de los proyectos y obras que había en algunos países y nosotros nos los repartíamos; eso sobre el papel, porque José Torán nos la pegaba en cuanto podía... El hecho de especializarnos en presas bóveda tiene su razón de ser en que las hidroeléctricas estaban construyendo un buen número de estas presas y un ingeniero portugués, Laginha Serafím, ensayaba allí los modelos, de ahí que se creara una oficina de proyectos hispano-portuguesa. A mí me invitó a trabajar en este mundo Alejandro del Campo, jefe de proyectos de Saltos del Sil, un gran ingeniero y una persona muy fímda, todo lo contrario que Luciano Yordi, otro gran ingeniero de Fenosa, amén de donjuán. Lo primero que proyecté, y para qué negarlo, me siento orgulloso de ello —durante muchos años fue la presa más larga de España—, fue el dique de contrafuertes de Almendra. Consulpresa también se encargó de dos presas muy notables: El Atazar, para abastecer a Madrid, y La Baells, ídem a Barcelona.

Estuviste en Marruecos y en Argelia, buscando contratos y trabajando en la presa de Oued Sly. ¿No eran los ingénieurs des ponts et chaussées quienes tenían monopolizadas las obras de aquellos países?

De nuestros colegas franceses, un *corps d'élite*, sólo diré que había uno que construyó un puente colgante en un llano aluvial sobre un río que al cabo de un año ya no estaba en el mapa porque en una crecida se había "cambiado" de lugar. En fin. En cuanto a la presa de Oued Sly, de materiales



suelto, tuvo los problemas clásicos de los proyectos en el tercer mundo: el franco francés se devaluó, no había planos ni vuelos ni aforos...

De allí pasas a Grecia, a dirigir una joint-venture para proyectar sendas presas en el río Nestos, cerca de Bulgaria, y en el río Aliakmon, cerca de Yugoslavia: "Fue una experiencia curiosa, basada en la falsa idea de que Grecia era un país serio parecido a España; fuimos con unos precios que nos hubieran hecho perder hasta la camisa y tuve que dedicar casi todo el tiempo a aprender griego (porque si no sabías griego te timaban) y a negociar un nuevo contrato. Aún tuve algún rato para ver ruinas griegas y acueductos romanos".

Sí, todo comenzó mal, presagio de lo peor: al hacer transbordo en Fiumicino me robaron una maleta y llegué a Grecia sin poderes. Allí todos intentaron timarme hasta que aprendí algo de griego. De los proyectos, diré primeramente que fuimos nosotros quienes nos equivocamos de partida con los precios. Dicho esto, contaré alguna anécdota acerca la imposibilidad de llevar a buen puerto los trabajos. Si en España, por dar una cifra, el metro lineal de sondeo valía 1.000 ptas., allí valía 5.000 sin posibilidad de negociar: la empresa era de un general del ejército; por otra parte, si presentabas ofertas de empresas españolas —mucho más baratas que las de allí— para ejecutar determinadas unidades de obra, te llevaban a los juzgados por querer imponerlas; el ejército tenía tomada la región montañosa que limitaba con Bulgaria y sólo te daban permisos de un día —la burocracia era infernal—, así que los geólogos no podían hacer su trabajo; etcétera. En conclusión, estuve dos años, renegociamos el contrato y me marché.

Vuelves a España y dejas las presas por las autopistas, si bien sigues en el campo de la hidrología y la geología y geotecnia. Permaneces en Cataluña varios años, en los tramos de Molins del Rey a Martorell, de Martorell a Salou, de Gerona hasta la frontera, de Vendrell a Zaragoza...

A principios de los setenta las presas bóveda empezaban a estar de capa caída y un amigo, jefe de proyectos de Autopistas, me ofreció trabajo en Barcelona. Allí trabajábamos mucho, algunos días hasta las tantas de la

mañana en espera de que las hewlett packard 'expelieran' los cálculos, etc. No obstante eran obras atractivas, entre otras cosas porque había que andar por el campo y tratar con los payeses: los topógrafos dejaban las estaquillas, que al poco desaparecían, y luego iba yo estudiando los ríos y replanteando sondeos. En una ocasión me encontré que sobre la traza habían construido una fila de chalés con intención de que se los expropiasen; también aprendí que yendo con corbata al campo te respetaban mucho más [risas].



Luego pasas a la Autopista Vasco Aragonesa, donde estás cuatro años y medio "triscando por los montes, arreglando deslizamientos de ladera y viéndole las orejas a ETA, que entre otras bromas, me puso una bomba en el archivo de datos geotécnicos".

Sí, así fue, a pesar de que habíamos alquilado la oficina de Arrigorriaga a un familiar del que realizó el atentado a Carrero Blanco. Aquéllos fueron años de plomo en el País Vasco. Por lo demás, aquello sí que era geotecnia: desmontes



en Altube de 60 m, movimientos de terreno y grietas por donde se caían vacas... Llegado un momento, y harto de tratar con ingenieros de la contrata, decidí que ya era hora de retomar una vida más asentada y volví a la Administración del Estado.

Te reincorporas en 1979 como asesor técnico de la Dirección General de Obras Hidráulicas y de allí no te 'mueves' hasta tu jubilación, en 2009. Hay quien es de la opinión de que la administración ha ido a peor para los ingenieros, que los políticos mandan cada vez más...

Sin duda la burocracia, los interventores, etc. se han multiplicado y sí, se ha politizado mucho la función pública pero tampoco hay que negar que el funcionario en alguna medida se ha prostituido: antes, como ahora, decidía V.I., pero el ingeniero firmaba su informe, defendía su trabajo como técnico que era; yo me acuerdo que las adjudicaciones se hacían en una sala con los contratistas presentes, se eliminaban las bajas temerarias y se adjudicaba, y todo esto lo hacía un ingeniero; ahora esto ya no pasa (o no pasaba cuando yo me jubilé). Acaso el punto de inflexión fue, paradójicamente, la *Ley 30/1984, de 2 de agosto, de medidas para la reforma de la función pública*.

En 1989 te haces cargo del Área de Explotación, que llevaba aparejada la secretaría de la Comisión Central de Explotación del Acueducto Tajo-Segura: "Prueba de mi buen hacer e imparcialidad es que me pusieron verde, según los casos, tanto los manchegos como los murcianos; pero ahora, cuando me los encuentro, todos me saludan con sorprendente afecto".

Yo sustituí en ese cargo a un gran amigo, Luis Torrent, el padre de Ana Torrent, que había sido colaborador de *La Codorniz*. Llegado un momento las autoridades manchegas y murcianas entraron en la comisión como invitados, y llegado otro momento posterior el director pactaba con ellos y el funcionario decía amén. Las tensiones vinieron por una drástica disminución de las aportaciones anuales: frente a una serie histórica de 1.400 Hm³ se pasó a una media de 800, con lo que quedaba muy poco para trasvasar y el abastecimiento a los canales del Taibilla, que consumían lo suyo, era prioritario;

luego vinieron las Tablas de Daimiel, de las que se aprovechaban los regantes explotadores del acuífero que no pagaban; luego las tarifas 'perpetuas' que ningún Consejo de Ministros se atrevía a cambiar; etc.

Atesorando una trayectoria profesional como la tuya, sin embargo eres sobre todo conocido por ser el historiador de la profesión. ¿Cuándo te nace el interés, la vocación?

En casa, como ha quedado dicho al principio de la entrevista, las humanidades no nos eran ajenas y mi padre siempre se preocupó de que la ingeniería no se entendiera por los alumnos como mera técnica; a título de ejemplo, junto con Tomás García-Diego y con el patrocinio de José Torán, crearon un concurso de microbiografías de ingenieros, "Ubi ingeniores, ibi genius", en que actuaban como jurados, con Rafael Sánchez Ferlosio como secretario y con la ayuda de Jaime del Valle-Inclán, entre otros. Yo me aficioné a la historia de las obras públicas el día que recorrí con mi padre un túnel de 200 m por donde discurría la conducción romana de Uxama. Por aquel entonces don Carlos Fernández Casado estaba preparando su libro *Acueductos romanos en España* y quise colaborar con él, pero era muy celoso de lo suyo; me consta que luego lo sintió. Luego dejé de historiar *de visu* las obras y pasé a los archivos y a biografiar ingenieros. Enrique Balaguer, siendo presidente del Colegio, me encargó un libro sobre los *Ingenieros de caminos del siglo XIX*. Después conocí a Rumeu de Armas y alguna cosa nueva dije de Agustín de Betancourt, etc.

¿Qué te parece que no sea obligatoria, salvo en la Escuela de Madrid, una asignatura sobre la historia de los ingenieros y sus obras?

A mi juicio la cultura no ha de ser una obligación sino algo que se promueva desde la infancia. Por lo demás, ya Vicente Machimbarrena se quejaba en los felices veinte de que los alumnos que venían del bachillerato eran casi unos iletrados y que en las pruebas de ingreso había que incluir una asignatura de cultura general.



De quedarte con algún ingeniero egregio, ¿con quién te quedarías?

Con Eduardo Saavedra. Además de ingeniero, fue arabista, arqueólogo, académico de la Española, de la de Historia, de la de Ciencias, director general de obras públicas, profesor de la Escuela (de muy feliz recordación por sus alumnos, según diversos testimonios)... Luego ha habido personajes atractivos por lo excéntricos, como José Torán, e ingenieros cultísimos, como Leopoldo Calvo-Sotelo.

[Entrevista realizada en Madrid, el 12 de noviembre de 2014,
por María González Corral y Javier Muñoz Álvarez]